

El pony rojo

John Steinbeck



Libro que entrevera admirablemente dos descubrimientos, el del contacto y la comunión con la naturaleza y el despertar a las luces y las sombras de la existencia, *El pony rojo* se articula en forma de cuatro episodios de la infancia de Jody Tiflin, muchacho cuya existencia se desarrolla en una granja situada en el valle de Salinas, en California. Escrita en un estilo tan natural como el de las existencias que dibuja, John Steinbeck consiguió con esta obra una de sus principales cimas dentro de sus obras de menor extensión.

En 1949 se estrenó una película con el mismo título y basada en este libro. Fue dirigida por Lewis Milestone y protagonizada por Myrna Loy y Robert Mitchum.

EL REGALO

Billy Buck salió al amanecer de la casa de los peones y se detuvo un instante en el pórtico, mirando al cielo. Era un hombrecito estevado, con unos bigotes de morsa, unas manos cuadradas, callosas y musculosas en las palmas, y ojos grises, de mirada contemplativa. Debajo de su sombrero «Stetson» asomaban unos cuantos cabellos hirsutos. Mientras permanecía en el pórtico, se entró la camisa en los pantalones de algodón, desabrochándose el cinturón para volver a ajustado. El cinturón mostraba, en los sitios desgastados y lustrosos junto a cada agujero, el aumento gradual del vientre de Billy a través de los años. Después de escrutar el estado del tiempo, Billy se aclaró cada uña de las ventanillas de la nariz, oprimiéndolas alternativamente con el índice y resoplando fuertemente con la otra. En seguida se dirigió al establo, restregándose las manos. Allí cepilló y enjaezó a dos caballos de silla, hablándoles en voz baja todo el tiempo. Aún no había terminado su labor cuando en la casa del rancho comenzó a repicar el triángulo de hierro anunciando el desayuno. Billy hincó la almohaza en el cepillo, lo depositó en la barandilla y salió calmamente, pero con un cálculo tan preciso de tiempo, que llegó a la casa mientras *mistress* Tiflin estaba todavía tocando el triángulo. Ella le hizo un saludo con su cabeza gris y se dirigió a la cocina. Billy Buck se sentó a esperar en los peldaños, pues era simplemente un peón y no sería correcto que entrara el primero en el comedor. En aquel momento oyó cómo *mister* Tiflin se ponía las botas dentro de la casa.

El ruido agudo y discordante del triángulo puso en movimiento al niño Jody. Era un pequeño de diez años de edad, con unos cabellos como césped amarillo y polvoriento, ojos grises y atentos, y una boca que movía continuamente al compás de sus pensamientos. El triángulo le arrebató de su sueño, y ni por un segundo se le ocurrió desobedecer su agudo mandato. Nunca lo había hecho, ni nadie que él conociera lo había hecho jamás. Se peinó la mañana de cabellos que le caían sobre los ojos y se quitó de prisa la camisa de dormir. En un momento estuvo listo, con su camisa de cambray azul y su mono. Como ya estaba entrado el verano, no había por qué preocuparse por los zapatos. En la cocina, aguardó a que su madre se apartara del fregadero y se dirigiera al hornillo. Entonces se lavó y alisó los cabellos húmedos con los dedos. Su madre se volvió bruscamente a examinarle, y Jody desvió los ojos con timidez.

—Voy a tener que cortarte pronto el pelo —le dijo su madre—. El desayuno está en la mesa. Ve allí a fin de que Billy pueda entrar.

Jody se sentó a la larga mesa, cubierta con un mantel de hule blanco que, de tanto lavarlo, aparecía gastado en algunos lugares. Los huevos fritos estaban colocados en hileras en una fuente. Jody colocó tres en su plato y los acompañó con tres gruesos trozos de tocino, raspando cuidadosamente una mancha de sangre de una de las yemas.

Billy Bucle entró pisando fuertemente.

—Eso no te hará daño —le explicó a Jody—. No es sino una huella que deja el gallo.

El padre de Jody, alto y severo, entró entonces, y por el ruido de sus pisadas supo Jody que tenía colocadas las botas; mas, para cerciorarse, miró debajo de la mesa. Su padre apagó la lámpara de petróleo que había sobre la mesa, pues la luz matinal entraba ya por las ventanas.

Jody no preguntó adonde irían su padre y Billy Buck con los caballos; pero hubiera deseado ir con ellos. Su pa-

dre era muy severo respecto a la disciplina y Jody le obedecía en todo sin chistar. Carl Tiflin se había sentado y estiraba el brazo para alcanzar la fuente que contenía los huevos.

—¿Tienes las vacas listas, Billy? —preguntó.

—Están en el corral de abajo —respondió Billy—. Yo podría llevarlas solo.

—Claro que sí, pero un hombre necesita compañía. Además, tu garganta se seca a menudo.

Carl Tiflin estaba jovial aquella mañana.

La madre de Jody asomó la cabeza por la puerta.

—¿A qué hora piensas estar de regreso, Carl?

—No lo sé. Tengo que ver a unos hombres en Salinas. Tal vez al obscurecer.

Los huevos, el café y los grandes bizcochos desaparecieron rápidamente. Jody salió de la casa tras de los dos hombres. Se quedó mirándoles mientras montaban sus caballos y sacaban del corral seis viejas vacas lecheras, emprendiendo luego el camino por la colina hacia Salinas. Iban a vender las vacas viejas al carnicero.

Después de verles desaparecer por la cima de la colina, subió al cerro que se hallaba detrás de la casa. Al verle, los perros trotaron a su alrededor arqueando sus lomos y haciendo grandes demostraciones de placer. Jody les palmeó las cabezas. Eran dos: *Doubletree Mutt*, el de la cola gruesa y ojos amarillos, y *Smasher*, el pastor que había matado a un coyote, perdiendo una oreja, en la hazaña. Su única oreja buena se alzaba ahora más arriba, de lo normal en un perro pastor. Billy Buck decía que así ocurría siempre. Después de su entusiasta bienvenida, los perros agacharon los hocicos hasta el suelo y siguieron adelante mirando de vez en cuando hacia atrás para asegurarse de que el niño venía tras ellos. Pasaron así el corral de las aves y vieron a la codorniz comiendo con los pollos. *Smasher* persiguió un poco a los pollos, para no perder la práctica por si alguna vez había rebaño que cuidar. Jody prosiguió a través de la

huerta, donde el trigo verde era más alto que su cabeza. Las calabazas estaban aún verdes y eran pequeñas. Siguió hasta el borde de la artemisa, donde la fresca corriente de agua se salía de su cañería cayendo a una tina redonda de madera. Inclinandose sobre ella, bebió muy cerca de la madera musgosa, allí donde el agua tenía mejor sabor. En seguida se volvió para mirar hacia el rancho, hacia la casa baja y blanca, rodeada de geranios rojos, y hacia la casa de los peones. Junto al ciprés, donde Billy Buck vivía solo, Jody podía ver la gran caldera negra debajo del árbol. Allí se escaldaban los cerdos. El sol comenzaba a asomar ya sobre la colina y resplandecía sobre el encalado de las casas y los graneros, haciendo brillar suavemente el césped húmedo. A su espalda, en la alta artemisa, los pájaros se escabullían sobre el suelo, haciendo un gran ruido entre las hojas secas; las ardillas chillaban en las cuevas de la ladera. Jody paseó la mirada por los edificios de la granja. Percibía una incertidumbre en el aire, una sensación de cambio, de pérdida y de ganancia, cosas nuevas y poco familiares. Dos grandes cuervos negros descendieron sobre la colina y sus sombras se deslizaron suaves y veloces precediéndoles. Algún animal había muerto en la vecindad. Jody lo sabía. Quizá fuera una vaca o tal vez algún conejo. Los cuervos no despreciaban nada. Jody los aborrecía; pero ellos, inconscientes de este odio, huyeron con la carroña.

Al cabo de un instante, el muchacho comenzó a descender la colina. Los perros habían renunciado hacía largo rato a su compañía y se habían marchado al matorral a hacer las cosas a su manera. Jody regresó por la huerta, deteniéndose un momento para aplastar un melón verde con el pie; pero esto no le proporcionó ningún placer. De sobra sabía que aquello estaba mal, y para ocultarlo echó tierra sobre el destrozado melón.

De regreso a la casa, tendió las manos a su madre para que le inspeccionara las uñas. Poco objeto tenía en realidad asearle para la escuela, porque en el camino podían

acontecer muchas cosas. Ella suspiró al ver las grietas negras de sus dedos, después le entregó sus libros y su almuerzo y le envió a recorrer la milla que tenía que hacer hasta la escuela.

Jody llenó sus bolsillos de pequeños trozos de cuarzo blanco que encontró por el camino, y de vez en cuando los tiraba a algún pájaro o a algún conejo que había estado tomando el sol demasiado rato en el sendero. En el cruce de caminos, sobre el puente, encontró a dos camaradas, y los tres siguieron juntos hasta la escuela haciendo gestos cómicos. El colegio estaba abierto hacía sólo dos semanas y entre los alumnos persistía aún cierto espíritu de rebeldía.

Eran las cuatro de la tarde cuando Jody asomó nuevamente por la colina y volvió a mirar hacia el rancho. Buscó los caballos de silla, pero el corral estaba vacío. Su padre aún no había regresado. Entonces se encaminó lentamente a sus quehaceres vespertinos. En la casa del rancho encontró a su madre sentada bajo el pórtico, remendando calcetines.

—En la cocina hay dos buñuelos para ti —le dijo.

Jody se dirigió a la cocina y regresó con la mitad de uno de los buñuelos en una mano y la boca llena. Su madre le interrogó acerca de lo que había aprendido en el colegio aquel día, pero no escuchó la respuesta que él le dio, masticando su buñuelo.

—Jody, pon atención en llenar bien la leñera —le interrumpió—. Anoche cruzaste los palos y no quedó ni siquiera la mitad. Esta noche procura colocar los palos bien extendidos. Ah... y algunas de las gallinas están escondiendo sus huevos, o bien los perros se los están comiendo. Busca en el césped y mira si encuentras algún nido.

Masticando siempre, Jody salió a cumplir estas tareas. Nuevamente la codorniz bajó a comer con los pollos cuando él les arrojó el grano. Por alguna razón a su padre le enorgullecía de que así fuera, y jamás permitía que dispa-

ran cerca de la casa, por temor de ver alejarse a la codorniz.

Cuando la leñera estuvo llena, Jody se fue con el rifle hasta el manantial situado junto al límite de la artemisa. Bebió allí nuevamente, y luego apuntó el rifle a toda clase de cosas: a rocas y pájaros, y a la gran caldera negra situada debajo del ciprés; pero no disparó, porque no tenía cartuchos, ni los tendría hasta que cumpliera doce años. Si su padre le hubiese visto apuntando en dirección a la casa, habría retrasado un año más la entrega de cartuchos. Recordando esto, Jody desvió su rifle. Ya era demasiado esperar dos años para tener cartuchos. Casi todos los regalos de su padre estaban sometidos a condiciones que en cierto modo disminuían su valor. En cambio, esto constituía una buena disciplina.

La cena fue aplazada hasta la llegada del padre. Cuando apareció por fin con Billy Buck, Jody les sintió en el aliento un delicioso aroma a coñac, de lo cual se regocijó interiormente, pues su padre estaba locuaz cuando olía a licor, y a veces hasta le contaba cosas que había hecho en los alegres días de su mocedad.

Después de la cena, Jody se sentó junto al fuego y sus ojos recorrieron tímidamente los rincones de la habitación, en espera de las noticias que su padre traía; pero tuvo una decepción cuando, apuntando un dedo hacia él, Carl Tiflin le dijo:

—Es mejor que vayas a acostarte, Jody. Voy a necesitar-te por la mañana.

Aquello no estaba tan mal. A Jody le gustaba hacer cosas, siempre que no fuesen las rutinarias. Miró al suelo, movió los labios antes de hacer una pregunta tímidamente.

—¿Qué vamos a hacer por la mañana, matar un cerdo?

—No pienses en ello. Es mejor que te vayas a la cama.

Cuando la puerta se cerró tras él, Jody oyó que su padre y Billy Buck reían entre dientes y comprendió que se trataba de alguna broma. Y más tarde, mientras yacía en

cama, tratando de descifrar las palabras en medio del murmullo que se oía en la habitación vecina, oyó a su padre protestar.

—Pero, Ruth, si no pagué mucho por él.

Jody oyó a los buhos que cazaban ratas en el granero y el ruido que hacía la rama de un árbol frutal contra la casa. Una vaca mugía cuando se quedó dormido.

Cuando el triángulo sonó a la mañana siguiente, Jody se vistió más aprisa que de costumbre. En la cocina, mientras se lavaba la cara y se peinaba el cabello, su madre le dijo irritada:

—No saldrás hasta que no hayas tomado un buen desayuno.

Se dirigió al comedor y se sentó a la larga mesa blanca. Cogió de la fuente un pastelillo humeante, colocó dos huevos fritos encima, los cubrió con otro pastelillo y lo aplastó todo con su tenedor.

Su padre y Billy Buck entraron juntos. Por el ruido de sus pisadas, Jody supo que ambos llevaban puestos sus zapatos ordinarios; no obstante, para asegurarse, miró por debajo de la mesa. Su padre apagó la lámpara de petróleo, pues el día había llegado. Tenía un aire grave y altanero, mientras que Billy Buck rehuía las tímidas miradas inquisitivas del muchacho, sumergiendo un trozo de tostada en su café.

Carl Tiflin dijo malhumorado:

—Tú vendrás con nosotros después del desayuno.

A partir de ese momento, Jody no pudo tomar su desayuno en paz, pues sentía cernirse algo malo en el ambiente. Después que Billy ladeó su platillo para beberse el café que había derramado en él, y se limpió las manos en su ropa de algodón, los dos hombres se levantaron y salieron juntos a la luz de la mañana. Jody les siguió respetuosamente, rezagándose un poco. Trataba de impedir que sus pensamientos se adelantaran a los hechos, haciendo lo posible por dejar su mente fija.

—¡Carl! —llamó su madre—. No dejes que el niño pierda su colegio.

Caminaron más allá del ciprés, de una de cuyas ramas colgaba un palo para matar los cerdos, y más allá de la gran marmita de hierro negro; por consiguiente, no se trataba de matar a un cerdo. El sol brillaba sobre la colina, proyectando las largas sombras de los árboles y de los edificios. Cruzaron un campo de rastrojo a fin de acortar el camino hacia la cuadra. El padre de Jody desenganchó la puerta y entraron. Habían estado caminando cara al sol, y la cuadra estaba negra como boca de lobo, en contraste con el exterior, y tibia por el heno y el calor de las bestias. El padre de Jody se dirigió hacia un pesebre.

—¡Ven aquí! —ordenó.

Jody, cuyos ojos comenzaban ya a percibir las cosas, miró al pesebre y retrocedió vivamente.

Un *pony* colorado le miraba desde la casilla. Sus tensas orejas estaban echadas hacia delante, y un relámpago de desobediencia le brilló en los ojos. Tenía un pelaje áspero y grueso como la piel de un *airedale*, y la crin larga y enmarañada. A Jody le pareció que se le agolpaba toda la respiración en la garganta al verle.

—Necesita mucho cuidado —dijo su padre—. Y ahora, escúchame: si llego a enterarme de que no lo has alimentado debidamente o que has dejado su pesebre sucio, lo venderé en el acto.

Jody no podía seguir mirando los ojos del *pony*. Bajó los ojos hasta sus manos y preguntó tímidamente:

—¿Es mío?

No obtuvo respuesta alguna. Tendió entonces su mano hacia el *pony*, el cual acercó su hocico grisáceo, olfateándole ruidosamente: en seguida frunció los labios y sus fuertes dientes se cerraron sobre los dedos de Jody. Después sacudió la cabeza de arriba abajo, como si riera divertido. Jody miró sus dedos heridos.

—Bueno —dijo con orgullo—, supongo que tiene derecho a morder.

Los dos hombres se echaron a reír, sintiéndose aliviados. Carl Tiflin salió de la cuadra y comenzó a subir las laderas de la colina para estar a solas, pues sentíase confundido; pero Billy Buck se quedó.

—¿Es mío?

Billy asumió un tono profesional.

—¡Claro que sí! Siempre que lo cuides y trates bien. Yo te enseñaré cómo se hace. No es sino un potro, de modo que no podrás montarlo por algún tiempo.

Jody volvió a extender su mano lastimada, y esta vez el pony colorado se dejó restregar la nariz.

—Debería ir a buscarle una zanahoria —dijo—. ¿De dónde lo sacaron, Billy?

—Lo compramos en una subasta del *sheriff* —explicó Billy Buck—. Un circo fracasó en Salinas dejando deudas, y el *sheriff* resolvió vender sus propiedades.

El pony alargó su hocico, sacudiéndose una guedeja que le caía sobre los ojos. Jody le acarició un rato la nariz, preguntando después tímidamente:

—¿No hay... una silla de montar?

Billy Buck rió.

—Me había olvidado. Ven conmigo.

En el cuarto de arneses encontró una pequeña silla de tafiote rojo.

—Es una silla para lucimiento —dijo Billy Buck un poco desdeñosamente—. No es práctica para la pradera, pero la vendieron barata.

Jody casi no se atrevía a mirar la silla ni a hablar. Acarició con los dedos el cuero rojo reluciente, y al cabo de un largo rato exclamó:

—¡Pero estará bonita sobre él! —Pensaba en las cosas más bellas y magníficas que conocía—. Si aún no tiene nombre, creo que le llamaré *Gavilán* montañés —dijo.

Billy Buck comprendía los sentimientos del muchacho.

—Es un nombre demasiado largo —dijo—. ¿Por qué no le llamas simplemente *Gavilán*? Sería un bonito nombre para él. —Billy se sentía contento—. Si me das unas cuantas crines, te haré una correa —agregó—. Y podrías usarla como cabezada.

Jody quería regresar al pesebre.

—¿No podría llevarlo a la escuela... para mostrárselo a los chicos?

Billy sacudió la cabeza.

—No está lo suficientemente domado todavía. Bastante trabajo nos costó traerlo hasta aquí. Casi nos vimos obligados a arrastrarlo. Bueno, y ahora, vete a la escuela.

—Entonces, voy a traer a los chicos aquí para que lo vean —dijo Jody.

* * *

Media hora antes que de costumbre, seis chicos aparecieron tras la colina aquella tarde. Corrían con la cabeza inclinada, agitando los brazos y respirando fuertemente. Pasaron como una exhalación junto a la casa y cortaron por el campo de rastrojo hasta la cuadra. Allí se detuvieron frente al *pony*, mirando después a Jody con una mirada en la que había una nueva admiración y un nuevo respeto. Antes de aquel día, Jody había sido un muchacho vestido con un mono y una camisa azul, más sosegado que la mayoría, y de quien hasta se sospechaba que fuera un poco cobarde. Ahora era diferente. De mil siglos extraían ellos la antigua admiración que el hombre, que va a pie siente por el jinete. Sabían, instintivamente, que un hombre montado en un caballo es espiritual y físicamente superior a un hombre a pie. Sabían que Jody había sido milagrosamente alzado de su propio nivel y había sido colocado por encima de ellos. *Gavilán* sacó la cabeza de la casilla y los olfateó.

—¿Por qué no lo montas? —exclamaron los muchachos—. ¿Por qué no le atas cintas a la cola como en la feria?

¿Cuándo vas a montarlo?

Jody estaba lleno de coraje sintiendo él también la superioridad del jinete.

—Aún no tiene la edad suficiente. Nadie podrá montarlo por un largo tiempo. Yo voy a adiestrarlo poco a poco. Billy Buck va a enseñarme.

—Pero, ¿ni siquiera podemos hacerle trotar un poco?

—No está amansado ni siquiera para esto —respondió Jody, que deseaba estar completamente solo cuando sacara al *pony* por vez primera—. Vamos a ver la montura.

Los chicos se quedaron mudos de asombro ante la silla de tafilete rojo; estaban demasiado impresionados para poder hacer comentario alguno.

—No servirá de gran cosa en los matorrales —dijo Jody—, pero quedará muy bonita puesta sobre él. Quizá yo lo monte sin silla cuando vaya a la pradera.

—¿Cómo vas a enlazar una vaca sin montura?

—Quizá tenga una silla de montar para uso diario. Tal vez mi padre quiera que le ayude a arrear el ganado.

Jody permitió a los muchachos que palparan la silla roja y les mostró la cadena de bronce del bocado en la rienda y los grandes botones de bronce en cada lugar donde se cruzaban la banda de la testera y de la frente. Todo aquello era maravilloso; pero al cabo de un rato tuvieron que marcharse, y cada niño buscaba mentalmente entre las cosas que poseía algún cebo para ofrecer a Jody, a cambio de que le permitiera montar una vez al *pony* colorado cuando éste estuviera listo.

Jody se alegró de que se fueran. Cogió el cepillo y la almohaza de la pared, bajó la barrera del pesebre y entró cautelosamente. Los ojos del *pony* brillaron, giró colocándose en posición para dar coces; pero Jody le palmoteo el lomo y le restregó el arco de su cuello, como había visto hacer a Billy Buck, murmurando en voz baja:

—*Quie... eto*, muchacho.

Gradualmente, el *pony* relajó su tensión. Jody le almohazó y cepilló hasta que el pelaje del *pony* brilló con un tono rojizo, y sobre el pesebre quedó un montón de pelo muerto. Pero el muchacho no se daba por satisfecho. Trenzó la crin en una docena de trencillas, trenzó la guedeja que caía sobre la frente del animal y después las deshizo y volvió al cepillar el pelo.

Jody no sintió entrar a su madre. Venía dispuesta a reñirle; pero cuando miró al *pony* y a Jody trabajando con él, sintió surgir dentro de ella un extraño sentimiento de orgullo.

—¿Te has olvidado de la leñera? —preguntó suavemente—. Es ya casi de noche y no hay un trozo de leña en la casa ni has dado de comer a las gallinas.

Jody guardó rápidamente sus herramientas.

—Me había olvidado, mamá.

—Bueno, en adelante, cumple primero tus quehaceres. Así no los olvidarás. Me parece que ahora vas a olvidarte de muchas cosas si yo no te vigilo.

—¿Puedo sacar zanahorias de la huerta para él?

Ella reflexionó un momento.

—Bueno... creo que sí, siempre que sólo cojas las grandes y más duras.

—Las zanahorias son buenas para el pelaje —dijo Jody; y nuevamente ella experimentó una extraña sensación de orgullo.

* * *

Después de la llegada del *pony*, Jody nunca tuvo que esperar que sonara el triángulo para saltar de la cama, sino que se convirtió en un hábito escurrirse fuera del lecho aun antes que su madre despertara, y salir calladamente hasta la cuadra para ver a *Gavilán*. En las mañanas grises, cuando la tierra, y el monte, y las casas, y los árboles, tenían un tono plateado y negro como un negativo de fotografía, se

deslizaba hasta el establo pasando junto a las piedras y al ciprés inmóvil. Los pavos que dormían en el árbol, fuera del alcance de los coyotes, graznaban soñolientos. Los campos brillaban con una luz casi gris como de escarcha, y en el rocío se percibían claramente las huellas de los conejos y de las ratas. Los buenos perros se apresuraban a salir de sus casetas gruñendo tercamente; pero, después de olfatear a Jody, meneaban las colas en un saludo amistoso, y después *Doubletree*, con su gran cola gruesa, y *Smasher*, el pastor incipiente, regresaban perezosamente a sus tibios lechos.

Para Jody, aquél era un extraño y misterioso viaje; era como la prolongación de un sueño. Cuando tuvo al *pony*, le gustaba torturarse durante el trayecto, pensando que *Gavilán* no estaría en su establo, o, lo que era aún peor, que jamás había estado allí. A esto se agregaban otras deliciosas torturas que se infligía a sí mismo. Pensaba que las ratas habían roído el cuero de la silla de montar y la cola de *Gavilán* dejándola delgada y fibrosa. Por lo general, echaba a correr en el último trecho hasta el establo, recorría cuidadosamente la aldabilla herrumbrosa de la puerta y entraba procurando no hacer ruido; pero siempre *Gavilán* estaba mirándole por encima de la barrera de su pesebre; entonces, relinchaba suavemente y agitaba la pata delantera, y los ojos le relumbraban como ascuas de roble.

A veces, en los días en que los caballos de labranza eran utilizados, Jody encontraba a Billy Buck en el establo, enjaezándolos y almohazándolos. Billy se detenía junto a él, contemplaba largamente a *Gavilán* y le contaba a Jody cosas acerca de los caballos. Le explicaba que ellos sentían mucho temor por sus piernas, de manera que había que levantárselas cuidadosamente y palmotearles el abdomen y los tobillos para quitarles el terror. También le contó que a los caballos les gustaba la conversación, y que debía hablarle todo el tiempo al *pony*, contándole las razones de todo lo que hacía. Billy no podía asegurar que un caballo entendiera todo lo que se le decía; pero era evidente que